

El problema de la cotidianidad desde la perspectiva fenomenológica de Martin Heidegger

Barragán Abreu, Oscar (Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Venezuela)

“Y esta vida cuyo deslizamiento no hemos advertido, nos damos cuenta que ha pasado. Sin embargo, es así: la vida que hemos recibido no es corta, sino que nosotros la hacemos corta”

Séneca. De la Brevedad de la Vida. p12

I. El dominio silente de lo cotidiano

Es usual, a lo largo de nuestras vidas, el llevar a cabo la mayor parte de nuestras actividades cotidianas sin que se nos ocurra, siquiera, cuestionar los fundamentos que se encargan de dar coherencia a nuestra forma de concebir la realidad. De hecho, desde la perspectiva de la historia universal, la tendencia hoy más que nunca es angustiante: el basar inconscientemente nuestras acciones vitales en una serie de conocimientos elementales, prácticos y funcionales, que permiten llevar a cabo nuestras labores *eficientemente* (Pedrique, 2000: 169). Esta situación fuese intrascendente - y apenas si valdría la pena mencionarlo - si no fuera por el hecho de que, por un lado, en la medida en que se van anquilosando en nosotros los esquemas de concebir el ser de las cosas, por otro, las condiciones y necesidades contextuales de un grupo social, van exigiendo formas renovadas de enfocar los problemas (Ortega, 1970: 28).

Necesitamos pues, colocarnos en un ángulo mediante el que podamos ver de una forma renovada el ser de las cosas. Al alejarnos un poco para contemplar el rostro nuevo de lo que nos rodea, nos podríamos dar cuenta en el acto, de que aquellos comportamientos que habíamos supuesto hasta hace poco como obvios y naturales, en realidad obedecen a patrones preestablecidos e instituidos históricamente, en los que las relaciones de poder, el establecimiento de instituciones y la transmisión cultural son evidentes (Durkheim, 1974:42). Un grupo social establece las formas de concebir la realidad no de manera homogénea o caótica como se pudiera pensar a simple vista, sino mas bien de forma jerárquica y organizada. Es decir, los conocimientos generales (que aquí son entendidos en cuanto a su posibilidad de generar acción) dependen a su vez de unas cuantas -en verdad pocas- concepciones fundamentales, sobre las que aquellos están imbricados y yuxtapuestos; y, que por haber sido aceptados e institucionalizados por un colectivo a lo largo del tiempo - mas por conveniencia que por deseos de indagar en la verdad del ente- son de naturaleza irracional, esto es, vividos en la cotidianidad, intuitiva y acríticamente, e incapaces de resistir a una indagación seria que exija la coherencia de sus fundamentos en concordancia con los principios apriorísticos de la existencia, como la libertad por ejemplo (Kant). En realidad, estas concepciones fundamentales reflejan una posición eminente ante la realidad del mundo que nos rodea.

Tales patrones varían muy lentamente a lo largo del tiempo, y, al contrario de lo que usualmente se cree, deben su predominio no al hecho de constituir valores institucionalizados universalmente, sino mas bien al carácter de obviedad y normalización que le otorga un modo de ser predominante en la vida de nosotros como seres humanos: la cotidianidad. Este fenómeno constituye un elemento tan radical y originario de la estructura

de nuestra existencia, que apenas si reparamos en ello. Desde luego, esta inconsciencia nuestra acerca de su predominio silente, no se debe a un simple descuido de nuestra mente o a una falta de fortaleza moral quizás, sino que obedece a su propia esencia de naturalizar todo fenómeno que transgreda lo *esperado usualmente*.

Inclusive, no es una mera casualidad que desde el punto de vista teórico, a pesar de ser un aspecto tan inherente al ser humano y haber cobrado una importancia sin igual en el campo de la historia y la sociología a lo largo del siglo XX, la cotidianidad apenas haya sido abordada sistemáticamente. Precisamente, fue a través de la fenomenología que se dieron los primeros pasos acerca del tema. Siguiendo las huellas de su maestro Husserl, Alfred Schütz abordó la cotidianidad desde las vivencias significativas y las interrelaciones subjetivas de la vida diaria. Desde una perspectiva dialéctico-marxista Henri Lefebvre realizó indagaciones interesantes con respecto a este problema. Michel Foucault ha aportado reflexiones fundamentales, como la relación entre normalización, dominación, poder y sistemas de veridicción. Claude Javeau, inspirado en Marcel Proust, se ha preocupado por la relación entre memoria y vida cotidiana. Por su parte, Michel Mafessoli, incluye dentro del tema aspectos tan diversos como las relaciones con la naturaleza y los conflictos sociales. No obstante, en ninguno de ellos podemos encontrar una elaboración sistemática y frontal al problema mismo de la cotidianidad desde el plano ontológico. Esta carencia de fundamentación en un fenómeno de la vida humana tan relevante para la filosofía y las ciencias sociales, obedece inequívocamente a la falta de claridad metodológica con respecto al problema del tiempo. En efecto, el propio Norbert Elias, ha reconocido esta carencia en el ámbito intelectual contemporáneo (Lindón, 2000: 7).

Como la comprensión íntegra de este concepto tan sólo es posible desde un análisis ontológico de la estructura de la existencia, una respuesta a tales interrogantes podríamos encontrarla entonces, en las indagaciones filosóficas de aquel pensador que por vez primera abordó sistemáticamente desde esta perspectiva, la relación entre cotidianidad, tiempo y existencia: Martin Heidegger.

Al plantear pues la necesidad de abordar las reflexiones de este ilustre filósofo alemán para dar respuesta a la problemática planteada, esta investigación se guiará pues, por tres interrogantes fundamentales: ¿cómo se manifiesta el fenómeno de la cotidianidad en la vida humana? ¿Cómo se relaciona la cotidianidad con la existencia del ser humano de modo tal que se haga comprensible su predominio silente? Y por último ¿cómo puede ser abordado este problema metodológicamente?

II. La cotidianidad como el estar-en-el-mundo predominante

Heidegger entiende por cotidianidad (*Alltäglichkeit*), no las prácticas efectivas –fiestas, costumbres, rituales, por ejemplo- que se puedan dar entre los miembros de una comunidad o un pueblo, y que constituye tema de estudio de la sociología y la etnología; sino, la situación de impersonalidad, normalidad e indiferencia en que se encuentra la misma temporeidad del ser humano, producto de la pérdida de sí mismo en que ha caído el sujeto debido a su propia condición de ser proyectante (Heidegger, 2005: 50,109,120). En la cotidianidad, el Dasein vive ajeno a su ser sí-mismo más auténtico, colocándose por tanto,

como entregado a los entes del mundo, a partir de los que se interpreta. A este modo de ser regular de la existencia, que implica esencialmente un dominio anónimo de los otros Heidegger lo llama el Uno (das Man):

“(…) el Dasein está sujeto al dominio de los otros en su convivir cotidiano. No es él mismo quien es; los otros le han tomado el ser (...) El quién no es éste ni aquél, no es uno mismo, ni alguno, ni la suma de todos. El ‘quién’ es el impersonal, el se o el uno.” (Heidegger, 1993: 151)

Esta condición ‘cadente’ implica que en su estar-en-el-mundo, el dominio que ejercen los demás sobre el sujeto sea aceptado inconcusa y tácitamente¹. A este modo de estar vuelto hacia los otros del cuidado que predomina en la cotidianidad, Heidegger lo llama solicitud sustitutivo- aliviadora. Es decir, en su modo de ser diario, el Dasein, por su inclinación a aliviarse de la carga que le pone su condición de arrojado, se halla pues irresponsable ante su propio destino. En la cotidianidad él está perdido en los quehaceres de todos los días, entretenido con la sucesión infinita y monótona de horas y dominado por los otros y por los demás entes. En su estar-en-el-mundo fáctico este modo de ser se manifiesta en el Dasein cadente, en la habladuría-escribiduría (conversación y expresión escrita carente de fundamento); en la curiosidad (avidez de lo nuevo por lo nuevo) y en la ambigüedad (tenso vigilarse unos a otros).

En su forma de ser cotidiana, el sujeto se mueve pues en la esfera de lo recibido, pero regularmente no lo capta como tradición posibilitante, sino como objetualidades dispersas en su mero presente impersonal, de modo que a ellos no le añade su propio carácter destinal, sino que por el contrario se pierde en ellos, siendo dominado acríticamente. Al respecto expresa Heidegger: “Lo decisivo es tan sólo el inadvertido dominio de los otros, que el Dasein, en cuanto coestar, ya ha aceptado sin darse cuenta. Uno mismo forma parte de los otros y refuerza su poder.” (Heidegger, 1993: 151)

¹ En efecto, el término alemán Verfallen (caída) connota un movimiento en el que el Dasein se absorbe en los entes del mundo, interpretándose desde estos y alejándose de su ser más propio. Cf. Martin Heidegger. Ser y ...op.cit.. Véase la nota del traductor p .482.